

Los pedregos que habían apostado en las
fuerzas de caballería y hacerte varias veces retroceder.

CAPITULO XXXVII.

Los pedregos que habían apostado en las
fuerzas de caballería y hacerte varias veces retroceder.

En la noche de la libertad para el pueblo de Bayona, se
reunieron los patriotas y se acordó que se hiciera una
expedición sangrienta para castigar a los traidores.

ESPEDICION SANGRIENTA.

Durante la lucha del 18, la hermosa y dilatada calle de Atocha
había sido el campo de parciales escaramuzas y alguno que otro
encuentro mas grave; pero siempre había quedado el pueblo ven-
cedor.

El coronel Gándara, (1) que era quien acaudillaba la columna
encargada de *restablecer el orden* fusilando y ametrallando las ma-
sas populares, consideró sin duda de mucha importancia estratégi-

(1) Un deber de imparcialidad nos impele á dar á conocer sin comentarios el ma-
nifiesto que publicó en Bayona don Joaquin de la Gándara. Dice así:
«Por primera vez, y ausente de mi patria, tengo necesidad de dirigirme á mis
conciudadanos: mi honor y la seguridad de un recto proceder lo exigen; la conciencia
pública tal vez lo demanda, y mi propia tranquilidad no puede prescindir por mas
tiempo de su fallo. Si una vida sin mancha, consagrada desde los primeros años al
servicio de la libertad, si las emigraciones, si los destierros, si una condena á muer-
te, si los sacrificios pecuniarios y de todo género en defensa de la causa del pueblo
son títulos suficientes para que mi voz se escuche, reclamo el dia mismo en que la
fatalidad pretende condensar en un instante las limpias páginas de mi pasado, toda la
atención de mis compatriotas, y espero que no desatiendan mi demanda, ni califiquen
mi conducta sin conocerla á fondo, después de haberla yo explicado. Para los que
corrieron conmigo todo género de azares y peligros, mi tarea fuera por demás breve
y sencilla, pero los que no me conocen, los que han vivido ausentes de la política
militante en estos últimos años, necesitan formarse idea de lo que yo he trabajado

ca aquella hermosa calle, y quiso ahuyentar de ella á la plebe revolucionaria; pero esta plebe se componia de ciudadanos tan honrados como valientes, y una docena de ellos, guarecidos por el pilon de la fuente de Anton Martin fué suficiente para contrarestar las cargas de caballería y hacerla varias veces retroceder.

Los pequeños grupos de paisanos que se habian apostado en las boca-calles que median entre la de Cañizares y la de la Concepcion

en defensa de la libertad para convencerse de que si en mis actos hay algo de reprehensible, no han de ser los mas exigentes liberales los que se quejen. No pretendo hacer la apología del conspirador. Siempre me ví forzado por la conducta de nuestros enemigos, y al considerar el estado á que nos habian traído, tenia un gran consuelo en haberlos adivinado.

Hijo de un buen español, siempre liberal, debí á la cuna y á mi organizacion el serlo como el que mas. El primer gefe que murió en la guerra civil fué mi padre: yo era subteniente y estaba á su lado. La dolorosa impresion que su muerte me causara, redoblando mi ardimiento en los combates, me dió á conocer en el ejército como un oficial entusiasta y exagerado liberal. La primera calificacion era merecida; respecto á la segunda, me tuve siempre por patriota ardiente y decidido. Acabé la guerra de primer comandante en el regimiento de Luchana, después de haber mandado largo tiempo la escolta que aquel cuerpo daba al general Espartero, pero este puesto en nada influyó en mis ideas. Antes de ir á él ya las tenia fijas.

Concluida la guerra, el primer suceso político en que tomé parte fué el del 7 de octubre de 1841. Llamado por el general Linaje á su casa, me enteró de lo que se tramaba: conocíame y esperaba que hiciera mas de lo que el deber exigia. Efectivamente, así fué, porque no perdoné medio ni fatiga para contrariar á nuestros enemigos; y mi vigilancia fué tal, que casi al mismo tiempo que en la noche del 7 entraba en palacio el general don Manuel de la Concha con el regimiento sublevado de la Princesa, llegaba yo sobre la derecha del Teatro Real con las compañías de preferencia de Luchana, y rompía el fuego sobre los que estaban todavía fuera de la puerta del Príncipe.

Un incidente de aquella conspiracion, que no estará por demás indicar brevemente, me hizo pedir el reemplazo. Después de la sublevacion de octubre fui destinado de comandante al primer regimiento de la Guardia. Hallándome de guarnicion en Vitoria recibí un interrogatorio del general Minuir, fiscal de la comision militar en la córte, en que me pedia esplicaciones acerca de una conversacion que tuve con varios amigos del Regente en su secretaria, sobre la conducta de un gefe que en la noche del 7 de octubre cogió la cartera del general Leon. Altamente sorprendido de que hubiera un compañero capaz de haber abusado de lo que yo referí en el seno de la amistad, y prohibiéndome el honor poder contestar, corrí en posta á Madrid. El Regente me hizo justicia respecto al motivo principal del interrogatorio. Permaneciendo sin embargo, en su puesto la persona de quien yo tenia queja, creí prudente separarme del servicio.

Llegó el 43, y aunque mi resentimiento era siempre vivo, no hay español que mas fervientes votos hiciera por el triunfo de la causa del Regente, ni que mas sufriese por el modo con que se defendió. No miraba en él sino el principio que representaba, y desde el primer momento distinguí en el triunfo de la coalicion la pérdida de la libertad. Lo que entonces se hizo porque yo me pronunciase es indecible; y la perspectiva de ser general á los 26 años no dejaba de ser halagüena, mas no solo me resentí, sino que desde el momento en que ví á los generales moderados acudir á Va-

Gerónima, en combinacion con el corto paisanage armado á la espalda del Banco, donde los que no tenian armas, incluso viejos, niños y mujeres, levantaban una barricada, lograron impedir que avanzára por aquel lado la tropa de la Puerta del Sol y de la plaza Mayor.

Cuando Gándara con su columna osó invadir la calle de Atocha, fué recibido por los paisanos con una descarga, que derribó

lencia, ya no pude menos de autorizar á mis amigos, los ayudantes del Regente, para que este dispusiera de mí.

El general Espartero me llamó en el acto, y como se preparaba á salir de Madrid, me dijo que le siguiera, previniéndome que en Aranjuez ú Ocaña organizaria la brigada de vanguardia, cuyo mando me confiaría; yo era entonces coronel teniente coronel mayor de infantería: corrí á comprar caballos y preparar mi viaje: dos horas antes de mi salida, y ya dispuesto á la marcha, me presenté en su casa, cuando llamándome aparte don Ignacio Gurrea, me dijo: «Gándara, se ha dicho al general Linaje que Vd. se ha prestado á acompañarnos por pronunciar el regimiento de Luchana en el camino; no se ha creído, y la prueba es que puede Vd. seguirnos, pero me ha parecido que debía decirselo á Vd.» La fatalidad perseguia aquella causa. Valgo poco, pero de seguro era uno de los gefes de mas decision por ella. Mi honor y mi decoro no me permitian tener ya mando alguno, y me quedé en Madrid. El hombre que tan cruelmente acababa de ser ofendido, no se fué á pronunciar cuando tan fácil le hubiera sido. Emigrado dos años después en Paris, tuve la satisfaccion de que el general Linaje se disculpara conmigo por aquella ofensa, que pudo precipitarme á no haber sido un hombre de tan firmes y profundas convicciones.

Subió al poder el partido moderado, que no podia dar otros resultados la funesta coalicion, y la marcha política que inauguró debía agitar, como agitó fuertemente, mis ideas y mi temperamento. Pedí, pues, mi separacion absoluta del servicio, y desde aquella época hasta el momento actual en que lejos de mi patria escribo estas líneas, ni quise jamás rehabilitacion, ni cobré un real del Tesoro, circunstancia que pudiera pasar desapercibida, si en estos últimos años no se me hubiera ofrecido una y mil veces, con insistencia, por los generales moderados que se han sucedido en el poder.

Por aquella época, y cuando se iba cayendo la venda que cubria los ojos de muchos ilusos que entraron de buena fé en la coalicion, empezaron los pronunciamientos centralistas, y el general Narvaez me prendió, suponiendo que conspiraba. No era verdad; pero, á fuer de ingénuo, confieso que me faltaba ya poco.

Llegó el verano de 1844, en cuya época se conspiraba en Madrid, y se conspiraba con razon, por ser ya conocidos los planes reaccionarios que han venido practicándose después, y que se planteaban entonces con el cortejo de violencias que distinguió siempre á los moderados en el poder. Los hombres de mas valia del partido progresista, que no habian entrado en la coalicion, conspiraban resueltamente; tenian inteligencias en los cuerpos de la guarnicion, cuyos oficiales debian entenderse con el general Lemerich ó conmigo. La circunstancia de encontrarse el general en Valladolid sin poder venir á la córte, hizo preciso que se entendieran especialmente conmigo, prestándome gustoso á lo que de mí se exigia, después de haberlos oido en una junta celebrada en casa del señor Alonso Cordero. Un coronel llamado Rengifo fué la causa de que aquel intento no produjese resultados. Cuantos me habian comprometido se salvaron: solo yo tuve que emigrar después de correr mil riesgos y sentenciado á muerte. Sin embargo, con la órden de fusilarme donde se me cojera, entré dos

muerto á un capitán de artillería al frente de una hermosa casa recién construida.

Figuróse sin duda el digno caudillo, que los tiros que acababan de matar á este capitán habian salido de la magnífica casa, donde por su aprovechada é inmensa capacidad, vivian multitud de familias.

Allí no podia hacerse daño alguno á los revolucionarios, pero

veces en los cuarteles disfrazado de soldado, y puedo asegurar que laténdome el corazón con fuerza debajo del capote, solo abandoné la partida cuando ví decaída la moral de aquellos oficiales.

Duró mi emigración hasta fines de 1846, y como no hubiese durante aquel período otro suceso de importancia que el pronunciamiento de Galicia, corrí desde París en el primer momento que se supo, llegando á sus costas cuando ya era tarde.

Desde el 46 al 48 permanecí completamente tranquilo, y en esta actitud hubiera permanecido, no obstante la revolución de febrero en Francia, si el gabinete que presidía el general Narvaez no hubiera presentado la ley de autorización para suspender las garantías constitucionales. Presencié aquella discusión, y creí que los hombres de corazón debían recoger el guante que con imprudencia se les arrojaba por un suceso extraño, y sin que todavía el partido progresista hubiera procedido de manera que justificase situación tan humillante.

Desde el Congreso corrí á reunir mis amigos, y á organizar un plan de insurrección contra el gobierno: que esta conducta tenia algun mérito entonces, no hay necesidad de acreditarlo; baste decir que no habia cuartel que esperar. Ayudado en esta empresa por el coronel Serrano, por el malogrado Clavijo, por mi amigo Muñiz y por los señores Guijarro, Velo, Rascon, Nuñez, Fernandez, Azúa y otros, logramos en pocos días reunir una fuerza como nunca la tuvieron cuantos han corrido riesgos y azares en política: las armas de que disponíamos eran de consideración, y el de las municiones, principal elemento de éxito, tan crecido, que pasaban de doscientos mil cartuchos. No lo alego como mérito; pero tampoco creo deber pasar en silencio que aquellas compras se hicieron de mi bolsillo, y que en ellas consumí la mitad de la pequeña fortuna que tenia.

Faltábanos ya poco para salir á la calle, cuando se nos presentó el comandante Buceta en nombre, me dijo, del señor marqués de Albaida, que presidía otro centro de conspiración, con el objeto de que apoyásemos un movimiento que debia estallar dentro de aquella semana. Resistí por mi parte cuanto me fué posible, y aun me negué á ocuparme de nada; pero en el estado á que habian llegado las cosas no era fácil engañarle; cedí con repugnancia, asistiendo á una junta verificada en la plazuela del Progreso, en la cual, además del señor Orense, encontré otras personas de consideración de nuestro partido. Autorizado por mis compañeros para todo género de compromiso, tomé el de apoyar su movimiento del 26 de marzo, después de saber que contaban con el regimiento de España y de responderme que con el elemento popular se apoderarían además de dos de los tres puntos, de Buena-Vista, Correos ó el teatro de Oriente. Para defender estos puestos, después de sorprendidos, necesitaban cartuchos: me pidieron diez mil, y se los entregué á Buceta, no obstante que dudaba que pudieran realizar su plan por falta de sigilo.

Para estar en posición de cumplir mi palabra, no era pequeña obra la que nos quedaba; era preciso escoger una posición escéntrica en que reunir las armas y municiones extendidas por toda la población, alquilar casas donde depositarlas, y para todo esto no podíamos disponer sino de las noches del 24 y 25. Por un milagro provi-

podia hacérselo, y de mucha importancia, al propietario del edificio en sus intereses, podia hacérselo y muy grande, á las personas pacíficas que le habitaban, á las señoras á quienes el solo aspecto de tan brusca agresión tenia aterradas, á las madres que tenían abrazados á sus hijos anegados en llanto y temblando convulsivamente.

¿Qué importa todo esto á quien la severa ordenanza militar no

dencial, todo se hizo sin percance, aunque yo sentia en el alma haber tenido que emplear mas de treinta hombres en conducir las armas, pues hasta entonces solo las dos personas encargadas de comprarlas sabian de ellas.

A la una de la tarde del 26 ví á Buceta situado convenientemente á la espalda de Buena-Vista, que era el punto que debia sorprender, y en quien particularmente tenia confianza. Le dije que obrase con decisión (lo habia tenido á mis órdenes en Luchana), y que contara en seguida con mi apoyo. Corrí á la casa designada, donde debia esperar á todos mis amigos (situada á la inmediación de la plazuela del Progreso), y sucesivamente fueron llegando sin faltar uno, dándome parte que sus secciones estaban completas y esperando el movimiento. Rodeado de todos ellos desde antes de las dos de la tarde, hora en que los otros debían romper, esperé hasta las cinco á que se verificara el movimiento. A esta hora se me presentó don Miguel Ortiz diciéndome que la autoridad, prevenida, les habia impedido obrar; además, que el regimiento de España habia ido á reforzar á Palacio, cuyo mando tenia el barón de Meer, y que no podia pronunciarse. A los pocos minutos llegó Buceta, participándome que tambien él habia recibido la orden de detenerse estando ya dentro del palacio de Buena-Vista con veinte oficiales disfrazados. Uno y otro me traían la orden de retirarme: mis amigos que estaban presentes, fueron en el acto á todas las calles inmediatas en que teníamos las fuerzas para comunicarla: á las seis no quedaba ya nadie, y yo recibí el parte de haberse verificado todo sin novedad. Entonces, muerto de fatiga y de inquietud por los activos trabajos de tantos días, fui á descansar á la calle de Hernán Cortés, al otro extremo de la población. Allí me encontraba profundamente dormido, cuando á las ocho y media de la noche me despertó don Ricardo Muñiz diciéndome: «Uno de los hombres que ha tenido Vd. necesidad de emplear para concentrar las armas, desesperado de no haber hecho nada, ha denunciado un depósito, se han apoderado de ellas, y han venido haciendo fuego hasta las Cuatro Calles, donde se encuentran.» Desde aquel momento todo se perdió, y yo no he perdonado todavía á los que sin respeto ni disciplina se apoderaron de lo que tanto nos habia costado reunir, y á mí particularmente el dinero. Así el día 26 de marzo, poco conocido de muchos, fué, militarmente hablando, un fogonazo. ¿Qué no hubiera sido, si sorprendiendo á las autoridades hubiese empezado el movimiento revolucionario cuando estas se hallaban en el Prado y nosotros reunidos con tantos medios?

Pocos días antes del 7 de mayo tuve que dejar á España por segunda vez, volviendo á ella en 1849; desde esta fecha hasta los últimos sucesos, el partido progresista ha permanecido quieto, y yo muy particularmente, pues profundamente disgustado de lo acaecido el 26 de marzo, me propuse no volver por entonces á conspirar, como lo he cumplido, pasando cuatro años como el hombre mas pacífico, pero siendo liberal como el primero en el fondo de mi corazón, no solo de la causa de España, sino de todas las causas liberales del mundo. Durante tan largo período he resistido mil ofertas, que casi todos los que han sido ministros de la Guerra me han hecho, de enmendar mi carrera; es decir, ser general al poco tiempo; y tengo

le permite oír la voz dolorida de la naturaleza?

¿Qué importa la destrucción de un hermoso edificio, á quien no le contiene la certeza de verter sangre inocente?

El caso era aterrar á los revoltosos sin reparar en los medios, y esta homicida y devastadora idea hizo sin duda que dispusiera Gándara colocar una batería en la plazuela del Angel, enfilada á la iglesia de San Sebastian, frontera á la calle de Cañizares, y desde

orgullo en manifestar, que si se exceptúa á Gurrea, soy el solo que nunca ha querido rehabilitación, y al que mejores ofertas hayan hecho sus enemigos, de las cuales sin dejar de ser progresista me hubiera podido aprovechar como tantos otros.

Cuando el señor Bravo Murillo inauguró la cuestión de reforma, comprendí que un paso tan atrevido podría acelerar la muerte del viejo partido moderado y el triunfo de la libertad: esta esperanza que yo abrigaba se la comuniqué á mi amigo Gurrea; creía yo en la posibilidad de que los generales moderados de la oposición apelasen á las insurrecciones, y no dejaba como progresista de acariciar esta idea, porque juzgaba que era lo que habíamos menester; Gurrea dudaba de que apelaran á este extremo, pero yo lo veía venir á pasos agigantados; y no podía menos de suceder así cuando los trataban tan mal y no les quedaba mas que dos caminos que seguir, ó el de insurreccionarse ó el de vivir en la mas denigrante humillación. Gracias sean dadas á los ministerios desde el que presidió don Juan Bravo Murillo. No quiero, por vergüenza, decir lo que yo he hecho en esta línea como hombre de partido y los pasos que en su provecho he dado; baste indicar que en diversas ocasiones, y por conducto del general Ros de Olano, quien siempre se mostró muy dispuesto, incité á que se lanzaran á la insurrección, como único medio de salvar la afrentosa situación en que se encontraban.

Hallábame en París cuando el pronunciamiento del general O'Donnell, y no debo ocultar que me sorprendió; después de las favorables coyunturas que habían desaprovechado y de la derrota de Hore, había llegado á creer que nunca tendría lugar; me puse inmediatamente en camino; en Burdeos encontré al general don José de la Concha, quien haciendo justicia á mi carácter me encargó hiciera saber á los generales O'Donnell y Dulce su rápida marcha á Portugal para unirse con ellos, y á fin de que lo hicieran saber á la caballería, en cuya arma no podía menos de producir un buen efecto la noticia; mi primer paso al llegar á Madrid fué el de buscar á don Miguel Roda, pues tomando el general O'Donnell el camino de Granada en aquellos momentos, creía que nadie podría llenar mejor tan importante encargo, y el encargo quedó desempeñado, según el mismo señor Roda me manifestó.

El 12 de julio llegué á Madrid, y los amigos que me vieron en aquellos días, son testigos de la inquietud en que vivía y de los temores que me asaltaban. En ninguna parte se había secundado el pronunciamiento del general O'Donnell, por cuya suerte yo temía, y todo mi anhelo era que se sostuviese algunos días mas, comprendiendo que después del manifiesto de Manzanares, el partido progresista daría en alguna parte muestras de vida; por esta razón, cuando en la tarde del 14 se pronunció Montesa, corrí en busca del señor marqués de la Isla, y le incité á que llevase al general O'Donnell tan importante noticia, que tanto podía influir en la moral de sus tropas para sostenerlas algunos días mas.

Esta era mi conducta en aquellos momentos; esto hacía yo oficiosamente el día 14, día en que contraje el compromiso con varios amigos políticos de unirme á Gurrea, cuando participándome hallarse este dentro de Zaragoza para pronunciarla, les dije: «No lo creo; pero si sucede, hacerle saber que cuente conmigo media hora después

allí rompió el fuego de metralla y bala rasa contra la casa que sin duda como al caballero de la triste figura le pareció un castillo encantado, habitado por gigantes, follones y malandrines.

La ira del pueblo subió de punto, y cuando la tropa avanzó de nuevo hácia la calle de Atocha se hizo la lucha tan general, que de todas las casas, de todos los balcones y tejados estalló un diluvio de tejas y piedras que aterró á los soldados; y donde se carecía de

que llegue la noticia á Madrid.» A esto me había comprometido, firme en mi propósito de mantenerme pacífico mientras no alzase la bandera progresista, único símbolo de triunfo, un hombre autorizado, pues no creo habrá quien dude ya, que sin el auxilio del partido progresista, el general O'Donnell no se hubiera salvado de la derrota y de la emigración.

Amaneció el 17 de julio, para mí de eterna memoria: mi vida política había corrido sin mancha al través de riesgos sin cuento y de todo género de sacrificios por la causa de la libertad; no me ligaba la mas insignificante prenda á ningún moderado. ¿Ni cómo era posible fuera yo á comprometerme, cuando al encontrar al general Córdova, después de saber el pronunciamiento de Barcelona, le aconsejé dimitiera ante S. M. el encargo de formar el gabinete? El triunfo de la libertad parecía asegurado: era de suponer la victoria de la causa progresista, el edificio levantado con la sangre y la fortuna de los pueblos, amenazaba desplomarse á los once años de construido; los que insolentes y malvados juraban hundirse con el trono, le abandonaban cobardes, cuando vieron el peligro inminente que corrían; pocos eran los enemigos que había que combatir, pocos los riesgos que correr, pocas las dificultades que salvar. Para el que lo había sacrificado todo á la causa del pueblo, era llegado el momento supremo de ver realizadas sus esperanzas; ni le asaltaba el menor recelo, ni la mas remota idea pasaba por su mente de que las ilusiones de toda su vida, próximas á realizarse, pudieran desaparecer en un momento fatal y desgraciado. ¿Ni cómo imaginarlo? El que sacrificó su vida y su fortuna, el que desdeñó grados y recompensas en días de un porvenir incierto y hasta desesperado para la causa del progreso, el que veía casi consumada la obra, para la cual, aunque infructuosamente había hacinado materiales de todo género durante tantos años, ¿era posible que contra el triunfo seguro de su propia causa se jugara en aquel momento la cabeza? Solo teniéndola perdida podía darse semejante caso, y yo confieso que aunque mi exaltación y mi gozo me tenían embargado al contemplar el triunfo de la libertad, ni me faltó la razón en la noche del 17, ni di el menor paso que no me dictara la conciencia, ni me empuñé en acción alguna que pudiera calificarse de locura ó de extravío.

¿Cómo, pues, se explica mi conducta en la noche del 17? ¿Cómo se justifican mis actos en la mañana y tarde del 18? Voy á dar cumplida explicación á todo.

Si el corazón humano tiene debilidades, confieso que la que me domina es la amistad mas estrecha, mas noble, antigua y desinteresada hácia la persona de don José Salamanca; amistad de hermano, que se aviene perfectamente con el diverso modo de pensar, que se mantiene y estrecha en la adversidad como en la fortuna, que le ve pasar por el ministerio y no se acuerda de proponerme una rehabilitación que sabe me habría de ofender y que nunca podría consentir, amistad que ve en riesgo á su esposa y á sus hijos y acude solicita á salvarlos, que ve desaparecer su fortuna entre las llamas, y que hace frente con riesgo de su vida á los que en nombre de la libertad la ultrajaban con sus excesos. Hé aquí la principal causa de mi conducta.

semejantes recursos, no tuvieron reparo los dueños de aquellas habitaciones, en arrojar sobre sus contrarios sillas, mesas y hasta cómodas; por manera que el pavimento se vió en breve sembrado de despojos, entre los cuales se arrastraban los heridos y huían precipitadamente los demás arrojando sus fusiles, para cubrirse la cabeza con las manos, ademan verdaderamente inútil para precaver el golpe; pero muy natural en los que se hallan poseídos del

Detallaré los sucesos con la verdad severa que inspira una conciencia tranquila y un recto proceder, y después de que se juzguen imparcialmente, no temo someterme al fallo de mis mayores adversarios.

Contento y satisfecho del aspecto que presentaban los negocios, paseaba por el Prado á las nueve de la noche del 17, cuando se me anunció que había grupos y gritos por las calles; no me hizo efecto la noticia, ni hube de darla tampoco la mas pequeña importancia; veinte y cuatro horas antes comprendía una revolucion contra el gabinete Sartorius, y los que me conocen saben que no aventuro nada si aseguro que al menor carácter sério que tuviese hubiera corrido á participar de los riesgos del pueblo que ha sido el anhelo de toda mi vida; subí por la Carrera de San Gerónimo, y entré en el Casino sin que advirtiera otro síntoma de inquietud que la mucha gente que transitaba por las calles; á los pocos momentos se dijo en el Casino que la casa del conde San Luis estaba ardiendo, y en union de varios individuos de aquella sociedad fui á verlo. Parado en la esquina de la calle del Baño, contemplaba aquel desastre reflexionando que la justicia del pueblo era casi siempre el suplemento terrible del silencio de las leyes, y era indudable que las leyes habian callado en España por espacio de once años. Abismado en mis reflexiones, noté que en medio y á la sombra de la destruccion, se cometian otros excesos ajenos de la venganza popular. Confieso que esto produjo en mí una impresion desagradable, y aunque me parecia imposible se repitiese esta escena en casa de Salamanca, fui no obstante, á advertir á sus hijos y virtuosísima señora.

Serian las diez de la noche, cuando entrando en la calle de Alcalá por la de Cedaceros, y viendo que se reunian tropas en Buena-Vista, me dirigí hácia aquel punto, en el que estaba el capitán general Lara. Al poco tiempo se presentó el gobernador militar, general Quesada, y le dió parte de que en la Puerta del Sol tomaba aquello un aspecto grave que solo la fuerza podria contener; que ya habia hecho una descarga infructuosa al aire, y que las turbas hacinaban materiales para quemar la puerta y entrar en el Principal. El general Lara le contestó en estos términos: «Pues si no hay otro remedio, haga usted uso de las armas, y hasta de la artillería si es necesario.» Yo oí esta orden, me acerqué al gobernador, y apoyándome en su caballo, le dije: «¡Por Dios Quesada! Tenga usted calma y prudencia, que yo no creo esto todavía grave.» «Se equivoca usted, Gándara, me respondió; he hecho cuanto es posible porque se retiren, y no hacen caso; al contrario, me prometen un fin igual al de mi padre.» Partió el gobernador, y encontrándome con el duque de Sesto, hijo del señor marqués de Alcañices, entré en su portería, donde estuve sentado largo rato conferenciando con él acerca de los acontecimientos.

A las doce de la noche me despedí del duque y salí á la calle, en donde oí á unos paisanos que ardía la casa de Salamanca. Corrí, y cuando casi sin aliento, llegué á la casa, se presentó á mi vista el espectáculo mas desolador y repugnante á la vez; hice todos los esfuerzos imaginables para contener á los que arrojaban muebles y efectos por los balcones; apelé á su patriotismo, á su generosidad; procuraba hacerles ver que aquellos excesos manchaban la mejor causa y desacreditaban al que los

terror. El mismo Gándara fué herido en un brazo al levantarle como para guarecerse de aquella mortífera lluvia.

Y no se crea que tratemos de probar que eran cobardes los soldados..... ¡oh! no, de ninguna manera; el soldado español, cualquiera que sea la causa porque lidie, es siempre valiente; pero ¿quién resiste á un pueblo que se bate por la libertad? ¿quién resiste á un pueblo que defiende sus hogares? ¿quién no retrocede

ejecutaba. Hubo un instante en que abrigué la esperanza de ser escuchado y atendido; algunos hombres del pueblo, los que por su traje revelaban mayores necesidades, comenzaron á rodearme y á dar oído á mis razones; pero todo fué en vano, pues algunos que con ropa decente ocultaban sus crímenes, los distrajeron con amenazas y gritos exajerados, continuando las escenas de devastacion. Yo ví allí hombres, que conociendo si se me presentasen, dirigirse á cómodas y armarios determinados, hacer pedazos cajones y estuches y extraer su contenido, dejando á los hombres del pueblo que se entretuviesen luego únicamente en arrojarlos por los balcones. Yo me lanzaba sobre aquellos miserables, los denunciaba á voces; pero los golpes, los puñales y pistolas asestados contra mi pecho me rechazaban, y ya rendido, maltratado, despedazado mi traje, en la mayor exasperacion y en un frenesí completo, salí de aquella casa corriendo apresuradamente al ministerio de la Guerra.

Pedí al general Lara una compañía que me negó, diciéndome: «Usted no puede hacer nada sin emplear el uso de las armas, y yo acabo de recibir orden de contemporar.» Yo entendía que aquella orden en nada se oponía á mi peticion, aunque seguramente no habia otro medio que la fuerza para salvar la casa y familia de Salamanca, pues todavía era tiempo. Le pedí fuerza para defender tambien su palacio, adonde habia oido decir, debian ir después, y entonces me dijo que daba orden á los municipales situados en el Pósito para que me facilitasen veinte hombres; pero su jefe, el coronel Aldanesi, se negó, diciéndome, que para salvar el palacio era preciso hacer fuego, y él tenia orden de lo contrario.

Los que me conocen, comprenderán cuál era en aquellos momentos mi situacion; rechazado de todas partes, y sin que mi razon pudiera dominar pasiones tan fuertemente escitadas, corrí á palacio á reclamar del general Córdova, quien ignoraba aquellos desmanes, la fuerza necesaria para poderlos contener; sin esta circunstancia, seguramente que yo no hubiera visto á Córdova, pues nada me ligaba á él, ni tenia en aquellos momentos otro móvil que los arranques del corazon, que rebotaba indignado con las escenas que acababa de presenciar.

Las dos serian de la madrugada cuando entré en la Plaza de Armas de Palacio, y en ella encontré al general Córdova que despedía una comision, en la que figuraban los señores Corradi, Rivero, creo que Coello, y otro que no conocí.

Segun hube de comprender, esta comision habia conferenciado ya con S. M., y yo llegaba en el momento en que el señor Corradi decia al general que hablaba en nombre del pueblo y de seis mil hombres armados. Juro por mi honor, que ignoraba absolutamente se hubiese formado ninguna junta en la casa de ayuntamiento, pues lo que yo habia visto estaba muy lejos de parecerse á ningun movimiento político. No habia oido grito alguno que simbolizase un principio; no habia presenciado acto alguno de organizacion popular, y sí solo hechos reprobables que no habian sido corregidos, que no habia orden de corregir, y que ignoraba hasta dónde podrian llegar si prontamente no se reprimian. Dominado por el influjo de estas ideas, acabando de ser objeto de los tratamientos mas bruscos, de los insultos mas procazes,

ante el furor de los que ven destruir sus haciendas, y amenazadas las vidas de sus propios hijos?

Aquel combate fué tan heroico y sublime como horroroso y lamentable.

Y no fueron solo la metralla y la bala rasa, los proyectiles que se emplearon en tan encarnizada refriega contra los vecinos de Madrid; tambien fueron bombardeadas sus casas, y el que esto escri-

violento yo por naturaleza y de impresiones vivas, ¿habrá quien estrañe el que reflejara mi palabra ante aquella comision, la energia y ardimiento que rebotaban en mi alma? ¿Sorprenderá el que en aquellos solemnes momentos me explicase con exaltacion y en los términos análogos al estado en que me hallaba? Hice al general Córdoba delante de la comision una reseña de lo que habia visto; le manifesté no haber presenciado síntomas verdaderos de una revolucion, y le pedí dos compañías con que disolver á los que hacia cinco horas destruian é incendiaban, sin que se viese un término á tantos excesos, y que pudiendo dirigirse á otras personas ajenas á la política, nadie hasta entonces trataba de impedir.

El general Córdoba no podia negarme como gobierno las fuerzas que le reclamaba, y me envanecia de que cuando tantos faltaban á su deber, yo me sacrificaba con el mayor desinterés al noble sentimiento de la amistad, á la causa del orden, violentamente agitado, con el mayor desinterés, lo repito, ¿qué podria ofrecerme el gobierno saliendo vencedor? ¿por ventura rehabilitarme? Lo intentó el ministerio puritano y no lo acepté ¿hacerme brigadier? Cuatro ó cinco veces se me ha ofrecido y lo he rechazado: ¿oro tal vez como han dicho algunas hojas? No hay oro bastante en la tierra que produjese en mí la indignacion de que estaba poseido.

Sali con las dos compañías que se me facilitaron, y no fui á disolver la junta de la Villa, como se ha dicho por algunos periódicos, pues fué el general Mata y Alós, ni menos entré en la Plaza á las dos de la mañana: marché sobre los que incendiaban, y solo encontré verdadera resistencia cuando volvia á Palacio después de amanecido, en la plazuela de Santo Domingo. Todo concluido en mi concepto, me retiré á mi habitacion, situada en el cuarto segundo de la misma casa de Salamanca. Para entonces ya estaba constituido el ministerio y nombrados los señores marqués de Perales y Garrigó por autoridades civil y militar.

Tranquila mi conciencia en la mañana del 18, me entregué al descanso que habia menester, logrando quedar profundamente dormido hasta que se me avisó hallarse en la calle un grupo de hombres armados que venian en mi busca para matarme; yo habia dejado en la devastada casa de Salamanca ocho soldados con objeto de defender los efectos que perdonó el incendio, y es bien seguro que sin este elemento que utilicé para rechazar la fuerza con la fuerza, hubiera perecido en aquel trance.

Viendo lo crítico de mi situacion, conociendo que ya solo debia tratar de salvar mi vida, corrí al ministerio de la Guerra, como á un asilo, como á un refugio, como á la tabla de salvacion del náufrago.

Al poco tiempo se presentó el general Mata y Alós en nombre del gobierno, con la orden de sujetar la rebelion por medio de las armas, obrando con toda energia. En consecuencia se formaron dos pequeñas columnas que operasen simultáneamente en los dos distritos de Norte y del Sur: el general Mata y Alós tomó el mando de la primera, y me entregaba la del Sur, porque, segun me dijo, tenia el encargo de buscarme donde quiera que estuviese.

Aunque todo mi ser se hallaba profundamente conmovido, aunque acababa de buscar un asilo en el ministerio para evitar una muerte cierta, porque era natural

be, tuvo en la mano varios cascos de granada, de las que hicieron estragos en una casa enfrente de la plazuela de Matute.

Todo Madrid pudo verlos; pues por muchos dias visité la gente aquella morada, atraida por el deseo de contemplar los estragos que causó el ciego frenesí de un militar obcecado: y decimos *obcecado* porque estamos seguros que si Gándara es, como sinceramente creemos, un militar pundonoroso, la punible conducta que ob-

que los grupos volviesen en fuerza mayor á buscarme, á pesar de las dolorosas impresiones de la vispera, no enteramente borradas de mi imaginacion, antes bien renovadas con el nuevo peligro que acababa de correr, sin embargo de todo, dudé en tomar el mando de la columna de ataque que se ponía á mis órdenes.

Interin se disponian las escasas fuerzas de que se habia de componer, después de dejar cubiertos los puntos estratégicos, reflexioné acerca de mi posicion particular, y confieso que por algunos minutos logré hacerme superior á las emociones del corazon, quedándome aislado con mi conciencia. Mis reflexiones en aquellos supremos instantes serian capaces de arrastrar á observar la conducta que yo observé, aun á hombres de temperamento completamente opuesto al mio. Habia llegado de Paris el 12; en los cinco dias trascurridos hasta el 17, habia hablado y conferenciado con muchos hombres de accion del partido progresista y con algunos de mis antiguos compañeros de conspiraciones; todos ellos me aseguraron que no habia trabajos ningunos de insurreccion, que la conspiracion era toda moderada, y esto explica mi absoluto retiro de la política en estos dias, si se exceptúan solamente el encargo que recibí del general Concha y mis gestiones para sostener al general O'Donnell.

De este razonamiento deducia yo lógicamente que el movimiento que reinaba en Madrid no debia tener un carácter marcadamente progresista, puesto que ni aun en las primeras horas del dia anterior los gefes de mas accion de este partido lo sabian, ó al menos aparentaban conmigo ignorarlo, y yo jamás podia creer desmerecer de la confianza de mis compañeros. Afirmábame cada vez mas en aquella idea al ver que se combatia á un ministerio en que figuraban los nombres de progresistas tan acreditados como los señores Laserna, Roda y Cantero, y toda duda desaparecia ante una orden en que se mandaba obrar con energia y sujetar la insurreccion. Yo debia suponer que cuando con un ministerio compuesto en su mayor parte de personas intachables de nuestro partido se apelaba á la violencia, nada debia intentarse contra el partido progresista, y por el contrario, debia ser muy diferente el objeto, la causa y el fin de la rebelion. ¿Se deberá, pues, estrañar que yo no considerase el movimiento completamente progresista, ó por mejor decir, que lo considerase como un motin sin bandera ni principio político?

A estos razonamientos del hombre de partido, se agregaban los del honor militar. Estas reflexiones me decidieron; acepté resueltamente el mando de la columna del Sur.

Dado el primer paso en falso, lo demás pertenece al orden fatal.

Como á las tres de la tarde me puse en marcha y me dirigí á la calle de Atocha en donde, segun noticias, se organizaba obstinada resistencia. Al desembocar en esta calle por la plazuela de Matute, mi posicion se hizo estremadamente crítica, porque á escepcion de unos cuantos hombres del pueblo, que desde las esquinas de la plazuela de Anton Martin me hacian un fuego certero y sostenido, todos los demás estaban dentro de las casas, desde las que no solamente causaban bajas numerosas con sus disparos, sino con tejas, ladrillos y adoquines que llovian sobre nosotros,